

Pedro González-Trevijano

La mirada del poder

(Madrid, Boletín Oficial del Estado/
Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004)

«Mientras la mano que oprime tiene la función de exteriorizar, el ojo interioriza, fija en la mirada lo que percibe la vista, nos hace partícipes de las imágenes, al tiempo que se apropia el mundo. ¡El ojo realiza la hazaña de hacernos creer que es posible salir de nosotros al tiempo que permanecemos en nosotros y sólo en nosotros! Refleja la imagen y nos induce a la reflexión.»

Pascal Dibie, *La pasión du regard. Essai contre les sciences froides*, París, Métailié, 1998.

El libro de González-Trevijano da comienzo con dos referencias que luego van a demostrarse auténticas líneas maestras del contenido del libro. Una es la dedicatoria a Manuel Ángeles Ortiz, el gran pintor de Jaén, pero fundamental para Granada, amigo de Manuel de Falla y Federico García Lorca, y que con un estilo picassiano y vanguardista se mostró como un auténtico sintetizador entre la tradición y la modernidad en un hacer pictórico de profundidad casi mineral. La otra referencia de arranque es un poema de Baudelaire; se trata de *Los faros*, uno de los más intensos de *Las flores del mal* y donde el poeta maldito iba recordando a Rubens, Leonardo da Vinci, Rembrandt, Miguel Ángel, Watteau, Goya y Delacroix para presentarlos como iluminadores de la ciudad, testimonio de la dignidad y grito de las edades. Pues bien, si por algo se caracteriza este libro es porque se accede al arte para buscar la esencia (de la época, del poder, del personaje) y los potentes faros que alumbran esta ingente misión son sobrecogedoras representaciones ar-

tísticas que plasmaron en su tiempo a una decena de los más grandes estadistas de la historia.

Nos encontramos ante un libro sencillamente imponente; imponente por su volumen (casi 500 apretadas páginas), imponente por su formato y cuidadosísima presentación, imponente por la selección y calidad de las reproducciones pictóricas, imponente por la gigante relevancia de los personajes históricos estudiados, imponente, en suma y sobre todo, por el proyecto intelectual de estudiar diez siglos de historia política a través de la representación del poder en los retratos de los poderosos, quizás de los más poderosos. Vemos desfilar así frente a nuestros ojos las biografías políticas del Papa Gregorio VII, Gengis-Kan, Alfonso X el Sabio, Felipe IV el Hermoso, Fernando el Católico, Carlos V, Richelieu, George Washington, Napoleón Bonaparte y Winston Churchill. Uno por siglo, y nadie podrá negar su capacidad de representar al siglo en su conjunto, y sus imágenes pictóricas, no por conocidas —algunas—, dejan de ser sobrecogedoras; obras de Tiziano, Philippe de Champaigne, Emanuel Leutze, Jacques Louis David o Eduardo Arroyo (por sólo citar algunos maestros) ponen su inmenso talento al servicio de una idea: la plasmación gráfica del poder, aunque cada pintor con objetivos intelectuales, políticos y sociales muy diferentes.

El autor recoge en un momento de su obra —justo en el capítulo dedicado a Richelieu— una aseveración extraída de las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* de Hegel que sintetiza lo que el libro capta maravillosamente en su conjunto y como proyecto inte-

lectual. Hegel venía a sostener allí que el genio político consiste en identificarse con un principio, esa *idea* hecha Estado es la que conforma el hilo conductor de los personajes mismos, de la obra y del análisis que González-Trevijano hace de los personajes mismos. Y para ello utiliza el espejo potente de los retratistas, ilustradores y pintores (incluso algún fotógrafo) que consiguen la plasmación en el lienzo o el papel de esa idea hegeliana estructuradora del poder. Plasmación que es necesariamente reflexiva: el libro nos expone y nos narra con firmeza «las miradas del poder», pero también las miradas sobre el poder, en buena medida porque la representación misma crea al representado y a lo que representa.

El concepto de mirada, de hecho, ha estado muy presente en las ciencias sociales contemporáneas y muchos han sido los autores que han (hemos) acudido a él, teorizando sobre miradas reflexivas, cualitativas, distantes o antropológicas; en el fondo, no se hacía otra cosa que recoger una tradición en el pensamiento moderno que han seguido autores como Georges H. Mead, Jean-Paul Sartre, Claude Lévi-Strauss o Pierre Bourdieu. Al fin y al cabo, el concepto de mirada pone en juego un constructivismo razonable y abre camino a la reflexividad básica de lo social, dando cabida a las potenciales creativas del sujeto, pero también a sus límites, tercamente objetivos. Aunque quizás, más que metodológicamente, la filiación del concepto de mirada que le interesa aquí manejar al autor hay que buscarla más en una línea filosófica que metodológica, y se diría que el mejor relator de esta mirada teórica que González-Trevijano practica es José Ortega y Gasset. Así, en sus *Meditaciones del Qui-*

jote, justamente en un hermoso pasaje que Ortega titula *Trasmundos*, nos encontramos que: «si no hubiera más que un ver pasivo quedaría reducido a un caos de puntos luminosos. Pero hay sobre el pasivo un ver activo, que interpreta viendo y ve interpretando: un ver que es mirar. Platón supo hallar para estas visiones que son miradas una palabra divina: las llamó ideas [...] una visión activa que no existe para una espejo, es una *idea*»; parece que está escrito para plasmar el proceso intelectual del libro que aquí comentamos.

Libro, el de González-Trevijano, por tanto, de *ideas*, pero evidentemente no idealista. Sus fragmentos biográficos son declaradamente narraciones del ejercicio del poder político de diez de los más grandes protagonistas de la historia, estudiada a través de sus representaciones icónicas, y en ellos se pone en juego un soberbio trabajo de reconstrucción biográfica total que atraviesa los ámbitos de lo histórico, lo jurídico, lo estético y lo sociológico de indudable vocación clásica. Clásica porque el propio autor se reclama de una tradición clásica del género —a lo Thomas Carlyle, pero, como es lógico, donde en el autor escocés había «culto a los héroes», aquí hay análisis de encrucijadas históricas—; clásico, también, por la monumentalidad de sus personajes y, sobre todo, clásico porque hay una metodología historiográfica clásica esforzada en centrar el enfoque en la persona y el personaje como agentes que llevan el peso y la responsabilidad de la acción histórica.

El clasicismo de la propuesta de González-Trevijano es así casi integral; clásicos, por monumentales, son sus personajes; clásicos, por

contrastados y bien reconstruidos, son sus materiales y fuentes históricas, y clásicos indiscutibles son los muchos autores que le sirven para dar el encuadre teórico, autores que van de Schopenhauer a Weber o de Gombrich a Panofsky, sin olvidar a nuestros García Pelayo y Díez del Corral, cuyo *Velázquez, la monarquía e Italia* no puede dejar de venírse nos a la mente cuando vamos avanzando la lectura de esta obra.

Pero si en este libro nos encontramos la raíz de Carlyle (quizás uno de los mayores nostálgicos de la tradición) y sus grandes hombres, también podemos tirar de otro hilo no menos célebre en ámbito de considerar la historia fundamentalmente como biografía, y éste no es otro que Ralph Waldo Emerson (un radical y esperanzado anunciante de la modernidad), allí donde en su búsqueda incansable de la igualdad de los derechos el norteamericano acababa estableciendo, en la biografía del personaje, el caudal de la experiencia común, el espíritu de la época y la representación canónica de su tiempo. Y esta versión de los estudios biográficos está siendo permanentemente redescubierta por las ciencias sociales actuales —como nos ha recordado José Miguel Marinas en su reciente y magnífico libro sobre *La razón biográfica*—, que nos enseñan a ver que donde el acontecimiento o el evento particular existe, también se abre la puerta a un recorrer temporal espeso y multidimensional. El síntoma biográfico es una identidad contada y por ello construida, una acción realizada, en suma, entre la libertad y las determinaciones de la razón común.

Acontecimiento y biografía fueron las bases de la historiografía más clásica y sufrieron —nos

recuerda en su interesante prólogo la politóloga e historiadora Carmen Iglesias—, durante años, un injusto desprecio por parte de las escuelas que se empeñaban en concebir la historia sólo y exclusivamente como un proceso sin sujeto ni fines. González-Trevijano hace un precioso ejercicio de recuperación de esta historiografía clásica del poder y las ideas políticas, mostrándonos todo su potencial interpretativo y sus facultades iluminadoras del pasado —y por ello, como le gustaba decir al poeta por antonomasia, T. S. Eliot, en el primero de sus *Cuartetos*—, del presente y del futuro, siempre necesariamente entrelazados en todos los sentidos y direcciones.

Pero quizás, como en toda obra ofrecida al lector atento, los grandes puntos fuertes de esta sólida y monumental monografía se convierten en su principal flanco débil y ese clasicismo casi radical de enfoque impide jugar a las nuevas corrientes del pensamiento social moderno (y postmoderno), dejando fuera aportaciones que, a lo mejor, hubieran enriquecido sustancialmente al libro que nos ocupa, aunque sólo fueran como elementos de contraste, debate o confrontación. La casi total ausencia de las contribuciones de la nueva historia —como les gusta llamarla a Jacques Le Goff y Pierre Nora— o de la historia y los estudios culturales actuales —que Pascal Ory ha sintetizado recientemente en brillantes trabajos—, y que han abierto caminos a conceptos como campo, mentalidades, indicios, cultura material, orden simbólico, mitologías, imaginario social y, fundamentalmente —aparece el eterno retorno a Nietzsche y Foucault en este ámbito—, genealogía y biopoder. Son demasiados conceptos —de mayor o menor interés, pero siempre ne-

cesarios— como para que se queden fuera de un libro que se ocupa de estos temas.

De la misma manera, resulta un tanto frustrante para el lector interesado que, después de recorrer disciplinadamente estas diez espléndidas y profundas estampas biográficas (que siempre tienen el problema de elección y selección frente a otras y que siempre van a ser insuficientes por definición), no se desarrolle un intento de síntesis, sistematización o conclusión general de un recorrido tan amplio pero también tan diverso y lejano entre sus extremos temporales. Si bien es cierto que el mosaico que ofrece la obra acaba encajando como un puzzle virtuoso, donde la impresión final de la lectura es que el producto intelectual es mucho más profundo que la suma lineal de sus partes consideradas aisladamente, también ocurre que al lector le habría gustado encontrarse con una recopilación final de tanta sugerencia y buen hacer para agarrar con más seguridad el sentido final de la obra.

Pero estas mínimas objeciones seguramente vienen antes producidas por el ansia de continuar la lectura de alguien gozosa y literalmente sumergido en tantas ideas, imágenes, vidas y poderes que de las insuficiencias mismas de la obra, que, como ha quedado dicho, presenta unos planteamientos de una riqueza y una solidez que rondan lo monumental. Fascinante viaje a la historia del poder, hecho con línea clara, pulso firme y seguridad en el género que se practica, justamente hoy donde todos los géneros se confunden, las disciplinas se reblandecen (muchas veces en demasía) y, con una cierta complacencia postmoderna, la ficción se adueña de la narración histórica hasta muchas

veces estropear la ficción y estropear la historia como ejercicio intelectual. Pedro González-Trevijano ha realizado un esmerado clásico moderno, y eso, para los tiempos que corren, es una espléndida noticia cultural.

Luis Enrique ALONSO

Chantal Mouffe

La paradoja democrática

(Barcelona, Gedisa, 2003)

LA REIVINDICACIÓN DEL CONFLICTO

Chantal Mouffe (1943), de origen belga, ha desarrollado la mayor parte de su carrera investigadora en EE.UU. y Francia y, actualmente, forma parte del Centro para el Estudio de la Democracia de la Universidad de Westminster. Siempre cercana a la teoría marxista, durante los años sesenta participó activamente en el movimiento estudiantil y, a lo largo de toda su obra, el compromiso político con la izquierda es una constante. *La Paradoja democrática* es la compilación de un conjunto de ensayos publicados entre 1995-2000. En este sentido, no es un texto que sirva para analizar en profundidad el pensamiento de Mouffe; para ello hay que acudir a *Hegemonía y estrategia socialista* (con E. Laclau, Siglo XXI, 1987) y *El retorno de lo político* (Paidós, 1999). Sin embargo, lo que sí permite esta obra es acercarse a sus ideas clave y, desde esta óptica, constituye un estimulante punto de partida.